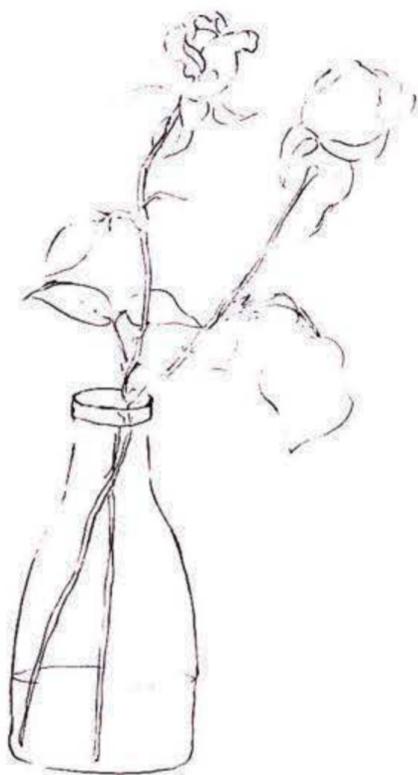


vida disipada, enredos coloniales y frases ingeniosas en español antiguo— para prometer convertirse en algo distinto, francamente fuera de lo ordinario. Un monasterio cartujo más allá de todos los caminos, alejado de todo centro de poder, donde siete monjes y sus sirvientes buscan a Dios con leves, muy leves, toques de doctrina oficial y grandes dosis de ingenio personal, heterodoxia y más de un brochazo de gnosticismo oriental. Para hacernos una idea, el jefe de los monjes es un ex ballenero, cuyo hermano sufre de cierta “bochornosa enfermedad” que lo hace recurrir al cilicio, y existe un monje sonámbulo, Arcadio, sobre quien se teje la hipótesis de que es un ángel caído.



Desde que Íñigo, quien a su vez considera que los ángeles tienen aspecto de pobres campesinos, llega a Furatena, la cabeza de los monjes vuela cada vez más alto. Uno de los episodios memorables es cuando, convencidos de que el Paraíso está ubicado en América, envían a dos monjes y un sirviente a buscar el Punto Omega, puerta de entrada al Edén, que “a juzgar por los fucilazos que de cuando en cuando se veían en el horizonte por las noches, debía quedar al otro lado del Río Grande de La Magdalena, detrás de una roca pelada que se vislumbra a ve-

ces en verano, bañada por la tenue luz de la madrugada” (pág. 137).

Los retorcidos razonamientos de los hermanos que los llevan a desarrollar sus múltiples teorías teológicas resultan el momento culminante del libro en cuanto a ingenio y humor. Quizá por ello al final queda en el lector cierta frustración, pues la Comuna Paraíso —como es renombrada luego la Cartuja de Sombra— no alcanza el protagonismo que merece, debido a que la gran mayoría de las páginas de *La tumba del faraón* están llenas de “acontecimientos mundanos” como intrigas políticas, seducciones y abordajes de galeones, que, aunque bien elaborados no constituyen un elemento novedoso y no pueden dejar de sentirse como un anticlímax demasiado prolongado frente a los geniales desvaríos que ocurren en Furatena.

El otro aspecto que resalta del libro son las pinturas de Íñigo. Aunque ninguna de ellas se presta para ser mostrada en esta reseña, por fuera del contexto de la obra de Hoyos, baste decir que las descripciones pormenorizadas hechas por fray Lucas Tadeo nos permiten imaginar pinturas geniales, llenas de osados conceptos y simbolismos nunca antes vistos. Hay, de hecho, ciertas teorías en torno al color y la perspectiva que resultan fascinantes. Al leer las descripciones uno no puede dejar de pensar en Bruegel y *El Bosco* ubicados en un contexto latinoamericano. Todo ello es muestra de que la vida interior de Íñigo es abundante y fecunda... Sin embargo, Íñigo mismo, por más que sea el personaje central de la novela, se pierde entre otros personajes. Resulta un personaje demasiado opaco en medio de una algarabía de personajes brillantes.

La tumba del faraón es sin duda un buen libro, lleno de humor e inteligencia. El problema es que podría ser un libro no sólo bueno, sino excepcional, pero tiene un exceso de elementos que disipan el interés del lector hacia demasiados frentes. Falta una línea que unifique aquellos aspectos más originales y con más fuerza del relato a fin de distan-

ciarlos de otros elementos que resultan casi decorativos. Falta, en fin, hacer que lo excepcional resalte sobre lo simplemente bueno.

Sólo queda esperar que en su próxima obra Andrés Hoyos tenga la osadía de llevar su herejía más allá.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

El sicario patuleco

Trancón sobre el asfalto

(Vida y obra de un asesino neto)

Rodrigo Argüello

Editorial Letra Escarlata, Bogotá,
1999, 87 págs.

Más mala que las mal llamadas películas de acción gringas, esta pretenciosa novela no alcanza ni siquiera una tonalidad gris que le permita acercarse al grado de oscuridad requerido para fundar la versión criolla de la novela negra, o, con más exactitud, como pretende su autor, según reza la contracarátula de su libro, de una “picaresca negra” digna de este país inaudito, donde se dan toda clase de embaucadores.

Sí. Como su protagonista, un sicario patuleco, *Trancón sobre el asfalto* es una novela que cojea y, por tanto, desde cualquier ángulo que se la mire, carece de equilibrio: estructuralmente, por ejemplo, Argüello —cosa extraña en un reconocido semiólogo colombiano, ¿o será tal vez por eso?— parece ignorar que en una obra literaria todas las palabras, personajes y asuntos deben tener un significado; que, al contrario de la vida, donde no hay una asociación lógica de los sucesos, en la literatura todo cumple un fin y se halla cabalmente articulado (Maupassant).

Yo creo que esto último lo respetan no sólo los más irreverentes representantes de la llamada novela negra (Hammett, por ejemplo) sino hasta las novelas de Corín Tellado.

las novelitas del *Far West* y las historietas más pueriles. En cambio, en esta "vida y obra de un asesino neto" suceden acontecimientos y aparecen personajes que no tienen ninguna coherencia en la trama de la novela: El Sapo, por ejemplo, es un personaje que hace honor a su nombre no sólo por su papel de soplón sino porque es un verdadero entrometido, algo así como si el Lobo de Capucina Roja apareciera en la historia de Cenicienta.

También el título es un infundio: no hay ningún trancón en esta obra —uno de los pocos automóviles que aparece se pasea a sus anchas en una madrugada bogotana durante la cual se cometa un crimen indigno incluso de una crónica amarilla de El Espacio—, ni siquiera dándole a dicha palabra la connotación sexual que se propone en la historia: Aparte de llamar "tranca" a su pene, Bairon, el arrechero narrador protagonista, divide su relato no en tres partes, sino en tres "trancos", acaso refiriéndose, tanto a sus pasos patulecos —desafortunado homenaje a Vélez de Guevara— como a los encuentros sexuales que mantiene en dos de ellos con una puta superculata apodada la Batiche, la cual, después de echar con él varios polvos inverosímiles, desaparece inexplicablemente de la historia.

Esta novela no cuenta nada, no dice nada. Toda ella es más bien un producto publicitario: el título, la ilustración de la carátula, la morbosidad temática, en los que se conjuga sin razón válida la tríada con la que Hollywood suele atrapar a las masas: violencia, vicio y sexo. Sin embargo, a pesar de que pocas veces se indigna uno tanto al leer una obra literaria, no se crea que Argüello es un provocador al modo de Henry Miller, ni mucho menos a la manera de los grandes satíricos: no se vislumbra en esta obra ni siquiera la sombra de un Luciano, Quedo o Papini, autores que lejos de molestarnos con vanas fantasías de adolescente desfasado nos hacen sonreír o reír a carcajadas al desenmascarar la hipocresía sobre la que suele construirse toda sociedad hu-

mana; menos aún, el anhelado fondo de *El diablo cojuelo*, la famosa obra de Vélez de Guevara sobre la que el autor, con elementos más superficiales que necesarios (el cojo protagonista, la denominación ya aludida de las partes de la obra, verbigracia), pretende construir una especie de palimpsesto.

Pero, en aras de la objetividad, para que el lector no vaya a pensar que esta reseña no sólo es sobre una obra sino contra alguien, le presento los dos aforismos, firmados con las iniciales del autor, que sirven de preámbulo a las dos partes principales de su novela... A ver si logra develar alguna cuestión, ajena a Perogrullo, que a lo mejor pasó de largo este reseñista:

Siempre se ha dicho que el oficio más antiguo de la humanidad es la prostitución, lo que no se ha dicho nunca es que donde más se dan las putas es en los pueblos más civilizados.

Hay quienes dicen por ahí que no hay dinero en el buen arte, pero, por otra parte, es triste pensar también que muchas veces no hay arte en el dinero.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

Común en estos días

Trancón sobre el asfalto
(Vida y obra de un asesino neto)
Rodrigo Argüello
Editorial Letra Escarlata, 1999.
87 págs.

El día en que está reseña se comenzó a escribir, apareció en primera plana una noticia especialmente llamativa. Una banda de delincuentes colombianos ha estado cometiendo algunos robos a joyerías y entidades bancarias en los Estados Unidos. Al parecer, se devuelven a Colombia después de terminar con éxito el

plan. Aquí, se someten a cirugías plásticas y cambios de huellas digitales. La banda, según las autoridades, está constituida por unas dos mil personas, que se dividen por grupos y se especializan en alguna función dentro de la misma banda.

Curiosamente, en esta misma época, una telenovela también tiene como tema principal la historia de una banda de ladrones. La ficción se convierte en realidad, y la realidad también puede llegar a recrearse como ficción. Truman Capote lo hizo por primera vez con *A sangre fría*, una de las novelas negras más famosas.



Pues bien, *Trancón sobre el asfalto* también trata sobre el mundo criminal. Aunque no fue escrita a partir de un hecho real, de seguro podremos encontrar fácilmente en la calle de cualquier metrópoli a una persona como Bairon, nuestro protagonista. Es más: esta aclaración la hace el autor en el comienzo de su historia. Personajes como los que se describen y aparecen en la novela, los hay en todas las ciudades; la única diferencia puede ser sólo el nombre del bar en el que se reúnen o la calle en la que contratan a sus prostitutas.

De cualquier forma, la ciudad que habita Bairon es indudablemente Bogotá. La Bogotá del centro comercial Nutabes, la de Galerías y la de los travestis de la 100 con 15. La Bogotá de Rodrigo Argüello, un filólogo y escritor. Autor de varios libros, entre los que se cuenta *Trancón sobre el asfalto (Vida y obra de un asesino neto)*.

A propósito del título, puede resultar un poco largo, o mejor, alar-